



# LA ENAMORADA DE CRISTO

## MARIA JESUS DE GRACIA

A las mujeres discretas  
 que presumen de entendidas,  
 y de amorosas se precian  
 de nuestro amante Jesús  
 que creó el cielo y la tierra,  
 las pido un rato atención,  
 oirán lauros y grandezas  
 de una niña de seis años  
 que admira, pasma y eleva.  
 En Córdoba, la insigne  
 corte augusta y celebrada,  
 sucedió un día del Corpus,  
 que después de acabada  
 la procesión y traer  
 por las calles y las plazas  
 nuestro Dios sacramentado

dándole mil alabanzas,  
 y cuando el señor Obispo  
 con un canónigo estaba  
 platicando del sermón  
 los puntos y circunstancias,  
 observaron una niña,  
 que era un hechizo mirarla,  
 visitando los altares,  
 puesta en cruz y arrodillada,  
 su cara como un lucero  
 que á seis años no llegaba,  
 y hacía unas suspensiones  
 que se quedaba elevada.  
 Reparó el señor Obispo  
 en la acción de la muchacha;  
 dijo el canónigo luego:

¿ha visto usía tal gracia?  
repare bien en la niña,  
es bella, quiero llamarla.  
Ven acá, niña, le dice;  
viene luego que la llaman

—Aquí tiene usía, señor,  
«siempre obediente á sus plantas,  
una esclava á quien mandar,  
humilde, inocente y casta.»

¡Qué política es la niña!  
y tiene buena crianza;  
dime, niña, ¿de quién eres?

—Respondió, la vista baja:  
de mi Señor Jesucristo  
en todo mi cuerpo y alma.

—¡Qué buena está la respuesta!  
parece mujer anciana;  
dime, niña, ¿qué le pides  
cuando te estas elevada?

—Yo pido, que como es día  
que la religión cristiana  
celebra del Sacramento  
sus benditas alabanzas,  
vengo á pedirle á Jesús  
que me conceda la gracia  
de ser su esposa querida,  
ser religiosa descalza,  
porque me tiene arrobada  
el objeto de su gracia.

—Dime, niña: y ese Dios  
que tanto le quieres y amas,  
antes de criar al mundo,  
dime, niña, ¿dónde estaba?

—Señor, estaba en sí mismo  
todo el poder de su gracia;  
porque Dios no tuvo padre,  
ni fué formado de nada;  
antes de todos los siglos  
Dios en sí mismo se estaba.

—Dime: ¿de qué fué formado  
en las vírgenes entrañas  
de nuestra Madre María,  
ese Jesús á quien amas?  
Se rió un poquito y dijo:  
¡la pregunta me ha hecho gracia!  
De la más preciosa sangre,  
suprema y calificada  
de su corazón sagrado,  
Madre de toda mi alma.

—Válgame Dios, la chiquilla;

¿no es un portento escucharla?  
Dime, para que Dios baje  
á la Hostia consagrada,  
hacen muchas oraciones  
ó dicen muchas palabras?

—Con cinco palabras solas  
Cristo de los cielos baja,  
y viene á las propias manos  
del que la hostia consagra.

—Niña, ¿no las sabes tú?

—Bien las sé, pero no es tanta  
mi dignidad, y no tenemos  
las mujeres dicha tanta  
para poderlas decir.  
Dijo el canónigo: son malas  
las mujeres, y por eso  
no merecen dicha tanta.  
Se puso coloradita,  
alzó los ojos y habla:

—¿Sabe usía lo que ha dicho?  
parece no ha dicho nada  
en despreciar las mujeres,  
y por el suelo echarlas,  
siendo la cosa mejor,  
digna de ser alabada,  
que crió mi amado Dueño  
con el poder de su gracia.  
Pongámoslo en discusión,  
y si usía á mí me gana  
haré yo un solemne voto  
con todas sus circunstancias,  
de rezar todos los días  
puesta en cruz y arrodillada,  
siete credos porque Dios  
lleve á los cielos su alma;  
y si yo le gano á usía,  
en pago de aquesta gracia  
me ha de dar usía un dote,  
que esa es toda mi esperanza.  
Usía defiende á los hombres,  
y yo que estoy agraviada  
defenderé á las mujeres,  
porque es mía la causa.  
Dice el canónigo: yo,  
absorto estoy de escucharla;  
sin sentido y sin juicio  
me ha dejado la muchacha;  
no sólo responde á todo,  
sino que pide campaña:  
el dote te lo prometo

como me ganes las bazas.  
Las bazas han de ser cinco,  
porque son cinco las llagas  
que mi amado Jesús tiene  
en su cuerpo bien selladas.  
Echa una, pues te crees  
del todo tan agraviada.

—Ya que he de ser la primera  
en el nombre de Dios vaya.  
Una mujer mereció  
que todo un Dios se humillara,  
para que encarnarse su Hijo  
en sus vírgenes entrañas  
para redimir al hombre:  
alceme usía esa baza  
con un varón que merezca  
hechos de tanta importancia.  
A esto se encogió de hombros  
y dijo: no puedo alzarla.

—Vamos á otra que tengo,  
esta es la segunda baza.  
Una mujer mereció  
que todo un Dios la llamara  
Madre mía muchas veces,  
en cuyas puras entrañas  
fué concebido, sin mancha  
de pecado original:  
alceme usía esa baza  
con un varón que merezca  
esta tan lucida hazaña.  
A la que se encogió de hombros  
y dijo: no puedo alzarla.

—Vamos á otra y supuesto  
que van de vuelo las bazas,  
ésta por ser la tercera  
ha de ser bien luminada.  
Una mujer mereció  
que la Trinidad sagrada  
en el vientre de su madre  
tres veces la visitara  
antes que fuese nacida.  
Alceme usía esa baza  
con un varón que merezca  
hechos de tanta importancia.  
Quédense quietos los naipes,  
que tengo yo con que alzarla;  
entre los hombres hay uno  
que es el todo de la gracia,  
que es mi señor san José,  
pabellón de gloria tanta,

que en su mano floreció  
un palo que seco estaba.  
Tenga usía quietos los naipes,  
que aun no la tiene ganada;  
conozco en mi corazón,  
mi vida, potencias y alma,  
que mi señor san José  
es el todo de la gracia,  
es inspector general  
con la insignia de la vara;  
¿más sabe usía por qué tiene  
altura tan elevada?  
por recibir por esposa  
una mujer que se llama  
María, ese es mi nombre,  
con que según por lo visto,  
la mujer es la que gana;  
diga mi señor obispo,  
¿quién ha ganado la baza?

—Tírala, niña, que es tuya,  
merecida y muy ganada.

—Vamos á otra: otra vez,  
una mujer mereció  
que Teresa la llamaban,  
y ahora santa Teresa  
todos los cristianos llaman,  
que todo un Dios la dijera:  
Teresa, si no criara  
este mundo, por criarte,  
á ti sola te criara  
porque me tiene rendido  
el objeto de tu gracia;  
es mucho lo que te quiero.  
Alceme usía esa baza  
con un varón que merezca  
esta tan lucida hazaña.  
Quédense los naipes quietos,  
que tengo yo con que alzarla;  
entre los hombres hay uno  
que es el todo de la gracia;  
y es san Juan Evangelista,  
éste con Dios se acompaña,  
fué anunciado, y en el mundo  
siempre á su lado se hallaba.  
Tenga usía los naipes quietos,  
que aun no la tiene ganada:  
concedo en mi corazón,  
mi vida, potencias y alma,  
que san Juan Evangelista  
es el todo de la gracia:

mas sepa usía que si tiene  
altura tan elevada,  
es porque Dios le ha criado  
para la custodia y guarda  
de una mujer en la tierra  
para que la acompañara;  
con que según por lo visto  
la mujer es la que gana.  
Decida el señor Obispo  
quién ha ganado la baza.

—Tírala, niña, que es tuya,  
merecida y bien ganada.

—Vamos á la otra, pues,  
que es con la que se remata.  
Habiendo venido Dios  
para tomar carne humana  
de nuestra naturaleza,  
venida tan deseada,  
una mujer dió su vientre  
para que Dios encarnara;  
una mujer dió su pecho  
para que se alimentara;  
una mujer dió su sangre  
para que Dios se formara,  
y el varón con ser tan bueno,  
por Dios que no puso nada;  
y para sacramentarse  
dos especies ó substancias  
las mejores que crió  
con el poder de su gracia,  
que son el vino y el pan,  
y en aquestas dos substaneias,  
se quedó sacramentado,  
porque son buenas entrambas;  
y para hacerse Dios hombre,  
del varón no quiso nada.  
A esto dice el Obispo:  
nunca pensé ver tal gracia:  
no vuelva usía á argüir  
otra vez con la muchacha.  
Dice el canónigo: yo  
aborto estoy de escucharla;  
sin sentido y sin juicio  
me ha dejado la muchacha,  
mas su ilustrísima sepa  
que esta es del cielo enviada,  
ó habla por boca de Cristo,  
ó el ángel que la acompaña

es custodio, y quiere ahora  
que la celebren sus gracias.  
Bendita sea tu boca  
que con tanto primor habla.  
El dote tienes ganado,  
y te empeño mi palabra  
de valerte en cuanto pueda,  
si la vida no me falta.  
Dame un abrazo, niña,  
que te quiero más que al alma.

—Eso no haré, señor,  
no se me quede la maña  
de abrazar á los hombres,  
que es costumbre muy mala.  
Y su ilustrísima estaba  
contentísimo y alegre  
escuchando á la muchacha,  
y dice: ¿quieres recibir  
aquel pan de dicha tanta?  
Respondió: ese es mi deseo,  
llevar mi Esposo en el alma.  
La dieron los sacramentos,  
y entre los dos la acompañan  
á su casa, y á su madre  
la dicen que la llevaban  
sin detenerse un instante  
en un convento á dejarla,  
que si quiere acompañarlos  
lo harán de muy buena gana.  
Dijo la madre que sí,  
y en Santa María de Gracia  
la metieron religiosa,  
donde con gran eficacia  
y documentos cristianos  
las almas arrebatada.  
Murió aquella religiosa  
sin calentura ni nada,  
y la hallaron de rodillas,  
puesta en cruz muy elevada,  
y un letrado que decía  
con letras de oro grabadas:  
en amor de Jesucristo  
murió esta dichosa alma;  
que por eso se la dice  
y por eso se la llama  
la enamorada de Cristo  
MARÍA JESÚS DE GRACIA.

FIN